

LOS QUIJOTES

Precios de suscripción

Publicación quincenal

25 ejempls. 75 cts

Un año..... 1,50

Administración: Pasaje del Comercio, 8.-Madrid

Núm. suelto 5 cts.

COSAS DE LOCO

—Desde mañana, gobierno yo.

—¿Quién eres tú?

—Yo, y nadie más que yo; estoy cansado de dejarme administrar; mis administradores se erigen en amos; lo mejor y casi todo lo que mis bienes producen, con dos de la vela y de la vela dos me dejan desnudo y hambriento, en tanto que ellos van repletos y lujosos, y por si esto fuese poco me ordenan y mandan. Nada, que hasta aquí llegué y de aquí no paso.

—Menos mal que te conozco como todos te conocen en el pueblo y sabemos que estás loco, si no, era cosa de decirle á tu mujer que no te dejara salir de casa.

—Sí, todos me llaman el loco, ya lo sé.

—¿Quieres saber lo que voy á hacer? pues escucha y verás las ocurrencias del loco, como todos me llamáis.

—¡No faltaba más! habla, por lo menos pasaré el rato y tendré algo que contar esta noche en el casino.

—Llamaré á los herreros del pueblo, proponiéndoles que por cada na-

vaja que hagan construyan mil herramientas de trabajo.

—No te harán caso.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, las navajas las venden con más facilidad y como les producen más no van á ser tan tontos que se dediquen á fabricar cosas que las tendrán en sus casas años y años sin poderlas dar salida.

—Citaré á todos los desocupados que hay en el pueblo y les haré comprender la necesidad de trabajar la tierra que se encuentre sin cultivar.

—Caballito, y los dueños de esos terrenos que los tienen para su regálo van á consentir que los faltos de trabajo vayan á entretenerse en quitar malezas y sembrar trigo ó cosas análogas, dejando á los dueños del territorio sin un palmo de tierra donde criar animalitos para después matarlos: sí, sí.

—Si no les dejan á los trabajadores trabajar y á los herreros no les conviene hacer arados y demás herramientas de trabajo, las haré yo, y yo iré á labrar las tierras sin preocuparme de quien á baldío las tiene.

—Te echarán á ti también.

—No me iré.

—Te arrojarán de ellas á viva fuerza.

—Protestaré y diré, á grandes voces, que me atropellan.

—No te oirá nadie ni nadie te hará caso.

—Me defenderán mis convecinos.

—También les arrollarán.

—Si ellos se proponen defenderme...

—Loco, completamente loco; me dás lástima.

—Y tú á mí... asco.

Nuevas aventuras quijotescas

—Y decís, señor caballero, que vos mismo habéis presenciado el rapto de esa hermosa doncella—preguntó reflexivo Don Quijote.

—Yo mesmo, con estos ojos que se han de comer la tierra; pero á vuelta vuesa merced que yo, infelice, no soy caballero, que caballeros son los que viven de sus rentas ó de las de otro bien aderezadas á guisadas, y yo vivo de guardar mi rebaño pisando guijas con los pies desnudos.

—No es la caballería, señor mío, sinónimo de riqueza, que potentados hay caballeros de la bribia y bribones de nobles y elevados sentimientos; pero volvamos al rapto de la doncella.

—Ya os lo he dicho todo. Sentada en eserisco hallábase la cuitada hilando su rueca, cuando llegó el doncel, tomola en sus brazos, apagó los gri-

tos que de su boca salían con un pañizuelo de rica seda, la sentó sobre el arzón de su cuartago y partiéronse á galope por este camino.

—Quedad con Dios, buen hombre y nosotros, amigo Sancho, vamos con su ayuda á devolver la honra á esa desventurada.

* * *

El noble intento de su amo, puso alas, sin duda, al desvencijado Rocinante, y presto hubieron de llegar á una venta, en la que después de haber saludado Sancho con un Ave María á boca llena, preguntó Don Quijote por los fugitivos.

—¿Sois acaso padre ó deudo de la moza?—preguntó el ventero.

—Nada os importa, castellano—replicó airado Don Quijote—; Caballero andante soy y como á tal me incumbe el velar por las doncellas menesterosas.

La presencia de los fugitivos que en la venta habíanse parado momentos antes, interrumpió el diálogo.

—¿Preguntáis por mí, sin duda?—dijo el doncel á Don Quijote.

—Por vos pregunto y os requiero á que ahora mismo, en la capilla de este castillo, paguéis con el matrimonio la deuda de honor que debéis á esta desventurada.

—Y ¿quién sois vos para hacerme tal requerimiento?

—No os importa, y por última vez os lo mando y si no lo hicieséis, juro por la orden de caballería que profeso que os he de matar á golpes, aun cuando en vuestra ayuda viniesen

todos los Ejércitos del Gran Turco.

—No haréis tal, señor caballero, porque soy casado y como cristiano no puedo contraer nuevo vínculo.

—Dad pues libertad á vuestra presa; ya que reparar el daño es imposible por otro medio, yo habré de restituirla á su hogar.

—¡Eso no! ¡Eso no!—clamó la doncella—Dejadme caballero que siga mi destino, que siempre valdrán más los diamantes que este caballero me ha ofrecido, que no las piedras que del río saco en el invierno, y mejor serán para mi cuerpo las sedas que guarda en sus alhacemas, que el lino toscó que en el verano hila en la umbría mi rueca...

E. Barriobero y Herrán

PESADILLA

En la dulce y tranquila siesta de una tarde de verano, y muellemente recostado en un sillón de mi despacho, quedéme profundamente dormido. A los pocos instantes, y tal vez mi espíritu impresionado por las noticias de la guerra que momentos antes habia leído, tuve una horrible y macabra pesadilla... Y me ví transportado á un campo de batalla...

A los primeros destellos del alba sonaron atronadores los cañones. Los hombres, desperezándose en las trincheras, se aprestaban á la lucha; encarnizada y decididora habia de ser ésta, puesto que ambos bandos, des-

pues de una calma aparente de varios días, se proponían la posesión del terreno que el contrario ocupaba.

Poco á poco, el fuego se fué acen- tuando; la metralla se cruzaba en abundancia y los cañones iban fijando la puntería y causando los primeros destrozos. Un escalofrío, quizás de terror, recorrió todos los cuerpos: el instinto de conservación se sublevaba; pero el olor embriagador de la pólvora y el ruido ensordecedor de los cañones, fué adormeciendo los sentidos, y convirtiendo á los hombres en máquinas de muerte; ya en ellos no existía sentimentalismo alguno: la madre, la esposa, los hijos, nada, absolutamente nada, hacía vibrar las fibras de su corazón; no se comprendía como aquellos hombres, que meses antes eran ciudadanos tranquilos que con sus brazos y su inteligencia trabajaban por el progreso y bienestar de la humanidad, tan pronto hubiesen olvidado sus deberes y enseñanzas.

La batalla estaba en su período álgido. Los soldados recibían órdenes de avanzar y la metralla detenia su marcha, rompiendo vidas é inutilizando hombres; aquellas masas humanas asemejábanse á grandes hormigueros aplastados por monstruosa máquina apisonadora; la tierra, cual esponja inagotable, absorbía la sangre que de las heridas escapaba. Todo era muerte y desolación; la vida no representaba nada; los ayes lastimeros de los heridos se mezclaban con las blasfemias é ineprecaciones de los comba-

tientes: el cuadro era grandioso y horripilante... El sol, de vez en cuando, se ocultaba tras una nube, como asustado de tan macabra escena...

Desperté sobresaltado; mi cabeza ardía y mi cuerpo parecía embriagado. Me asomé al balcón; la leve brisa del anochecer sirvió de bálsamo á mi cerebro calenturiento; la gente marchaba tranquila por la calle; un grupo de modistillas, alegres y lindas con sus tocados de verano, pasó, dejando tras sí una estela de juventud y amor. Esta tranquilidad y esta alegría, me hizo recordar á las madres y hermanas, esposas é hijas, de los hombres en guerra: la risa há tiempo que desapareció de sus labios; su rostro no expresaría más que tristeza y desconsuelo; sus andares serían lentos y pesados...

Sumido en estos pensamientos, mi imaginación volvió á soñar, aunque despierto, pero no ya con horrores. Ahora veía un mundo, fundido en el erisol del bien, limpio y purificado; veía como á la brutalidad armada de unos hombres, oponían otros la inteligencia y la razón, el amor y la fraternidad; veía que esta idea iba venciendo y creando horror á lo que simbolizaba guerra; los metales se empleaban en la construcción de soberbias máquinas industriales, no para fabricar armas y municiones; veía, en fin, que en las naciones, desapareciendo los odios de razas, de tradiciones y egoísmos, vivían los hombres felices, hermanados en estrecho lazo,

trabajando por el bien común... Y que en fiesta solemne é imponente, galvanizaban la palabra PAZ.

Luis Tous.

TRES CARTAS

CUENTO SIN MALICIA

A la Srta. Laura Casanova, en su posesión de Pravia.

Mi queridísima Laura: ¿Sabías que el mes próximo me casaba con Carlos?... ¿Sí?... Bueno, pues has de saber que ya no me caso. Así, rotundamente...

Los hombres todos, sin excepción, son malísimos, sí, malísimos, lo que oyes, y precisamente Carlos es de lo peorcito que he conocido...

Además, has de saber querida amiga, que no me seducen los abogados. Yo he soñado con un marido militar, de andares distinguidos y apuesto continente, y ese militar ya le he encontrado.

Es joven, barbilampiño, rubio, de ojos azules y dulce mirada, casi un niño... Te aseguro querida Laura, que no he conocido un hombre más simpático en todos los días de mi vida...

Le veo todas las mañanas vistiendo su airoso uniforme, un uniforme de color oscuro, serio, como deben ser los uniformes de los defensores de la patria. Ignoro á que cuerpo pertenecerá, yo casi juraría que á los Húsares de la Muerte... Soy pues dichosa, porque en *mi* húsar, como yo le llamo, aun á pesar de no haberme declarado su íntimo pensamiento, veo al hombre decidido, capaz de arrostrar por el amor los mayores obstáculos.

Al conocer mamá mi resolución, ha quedado aterrada. Dice que soy una loca, llora por Carlos, asegurándome que lo matará mi desvío... Pero yo no transijo. Allá se las componga Carlos con sus expedientes y causas, como yo me las compondré con su-

puestos tácticos y planes de combates... Decididamente, soy militarista... Ansío conocer tu opinión en este proceso amoroso. Escríbeme pues, que aun siendo contraria á mi causa, la aceptará cariñosísima tu verdadera amiga,

Margarita.

A la Srta. Margarita del Castillo.

Madrid.

Mi buena amiga: He recibido tu carta, y veo con honda pena que contaminada quizá por las lecturas bélicas, te has hecho militarista, ingresando de repente en las imperiales huestes de S. M. germánica...

No, mi querida amiga; nuestra misión como mujeres y más aún, como españolas, es conservar la neutralidad á toda costa, esa neutralidad que tu has violado, rompiendo con Carlos muchos años de cariñosas relaciones, y quien sabe si un luengo y amoroso matrimonio...

Me indicas que tu madre llora por la suerte de Carlos... ¿no había de llorar?... ¡Pobre hombre!... ¿Qué motivos te ha dado para que así le dejes?... ¿Que no te gustan los abogados?... Y bien, muy tarde lo has visto... Tú, mi entrañable amiga, eres buena, inteligente y dócil... Comprenderás pues, que así como así, no puede dejarse á un novio que está para casarse y que lleva la friolera de siete ú ocho años de relaciones... Repito que tu no tienes la culpa de este incidente matrimonial, la lectura, solo la lectura y el ambiente bélico de la época, te han inducido por el militarismo, ¡tú, siempre tan pacífica, tan dócil, tan buena!...

Perdona, mi querida Margarita, estas afirmaciones, motivadas seguramente por el mucho afecto de tu cariñosa amiga,

Laura.

A la Srta. Laura Casanova.

Pravia.

Queridísima amiga: Me apresuro á escribirte para comunicarte mi enlace con Car-

los, que tendrá lugar en la próxima semana. Efectivamente he dejado el militarismo, comprendiendo mi misión de mujer y aceptando en un todo tus teorías pacifistas... En suma, me has convencido. Pero no has sido tú solamente mi redentora en este pleito pasional; ha sido la diosa Fatalidad encarnada en un padre de almas, que vistiendo el oscuro uniforme de Capellán Castreense, cruzóse en mi camino, mirándome dulcemente, con sus bellos ojos azules...

Mi debilidad de un momento ha tenido el castigo necesario... Me caso pues con Carlos y abandono horrorizada los planes de batallas, por los legajos y expedientes del bufete de un Doctor en Derecho.

Te invito á mi boda, querida Laura. Pasaremos unas horas felices y podrás conocer al militar de un día, que revestido de sus ornamentos sagrados, bendecirá nuestra unión... Pero te recomiendo no le mires los ojos, porque seguramente te harías militarista...

Recibe un fuerte abrazo de tu verdadera amiga,

Margarita.

Por la copia,

José de Silva

Los que creen que el dinero lo hace todo, suelen estar dispuestos á hacer cualquier cosa por el dinero.

Voltaire.

Consulta gratuita

—Señor, soy un mortal que desea de usted un favor grandísimo.

—Usted dirá, rogándole hable con la sinceridad necesaria en toda clase de consultas para que no salga usted engañado de ésta.

—Todo cuanto le diga ha de ser lo mismito que pienso, sin quitar ni poner una sola sílaba.

—Puede preguntarme lo que guste, pues ya estará usted enterado de que esta consulta es gratuita.

—Si señor, lo sabía, y por eso he venido.

—Al grano, señor al grano.

—Pues bien, como he dicho, soy un mortal que desea saber la verdad de lo que sucede en Europa; la guerra me preocupa mucho, porque en mi casa tengo de postre, todos los días, la santísima guerra, como la llama mi señora, la cual es partidaria de Alemania.

—¿Qué beligerante le es á usted más simpático?

—Le voy á ser á usted franco, no siento simpatía por ninguno de ellos, pero quisiera ver vencedores á los aliados.

—Muy bien. Su señora, ya sé, por lo que usted mismo ha dicho, que es partidaria de los alemanes, ¿no es así?

—Ciertísimo.

—Pues, allá va mi opinión: Esta noche coge usted, con mucho cuidadito, á su señora, y la pone usted en el tren con rumbo á Alemania, é *in so facto* hace usted lo mismo con rumbo á Francia, y de esta forma los dos se complacen y dejan ustedes en paz á todos los que no queremos guerra.

—¡Señor! Lo que usted me propone es irrealizable, mi señora tiene

hijos á que atender y yo asuntos que solventar en esta tierra...

—¡Basta, basta! no diga más, baje y pregúntele á la portera que si necesita zorros...

Zito

Biblioteca de LOS QUIJOTES

Volúms.

Pesetas.

- 1 El reverso del discurso de Maurra ó la paja en el ojo ajeno.

por E. Barriobero y Herrán ... 1,00

A los suscriptores de LOS QUIJOTES 25 por 100 de descuento.

Cuentos Infantiles

100 surtidos	1,50 pesetas.
500 —	6,00 —
1000 —	10,00 —

En la 4.^a plana de cubiertas puede usted anunciar su establecimiento ó sus artículos, sin que por ésto aumenten los precios arriba indicados.

LOS PEDIDOS A

E. G. LINERA

Pasaje del Comercio, 8

MADRID

Tip. de «Los Quijotes», Pasaje del Comercio, 8.—Madrid.

*Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino;
doncellas curaban del,
princesas de su rocino.*

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fañanas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos. Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondían palabra; solo le preguntaron si quería comer alguna cosa. Cualquiera yantaría yo, respondió don Quijote, porque á lo que entendí me haría mucho al caso. A dicha acertó á ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió don Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto mas que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el

de pastores donde recogerse y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba una venta, que fue como si viera una estrella que á los portales si no á los alcázares de su redención lo encaminaba. Dióse prisa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía. Estaban acaso á la puerta dos mugeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de lucente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que á semejantes castillos se pintan. Fuese llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pudiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba prisa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraídas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquerro que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogien, y al instante se le representó á don Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida; y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas; las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suer-

te armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de pañeton, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desagraviado alguno, ca á la órden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubría: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fue de manera que don Quijote vino á correrse, y á decirles: bien parece la mesura en las fermosuras, y es mucha sanchez ademas la risa que de leve causa proceder; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que ei mio non es de ál que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras y el mal tallo de nuestro caballero acrecentaban en ellas la risa y en él el enojo, y pasára muy adelante si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrachecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos petrechos determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo don Quijote la humildad del alicayde de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: para mí, señor castellano,

cualquiera cosa basta, porque mis arcos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensó el huésped que el habie le llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiante ó page. Y así le respondió: según eso, las camas de vuestra merced serán duras penas, y su dormir siempre velar; y siendo así, bien se puede apea con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche. Y diciendo esto fue á tener del estribo á don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar jamás supieron ni pudieron desenganarle la gola ni quitarle la contrachecha celada, que traía atada con unas cintas verdes y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera, y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire: